



Un viajero llamado Enrique

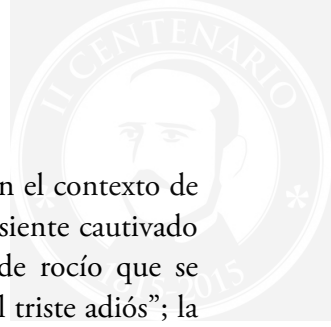


JOSÉ ANTONIO CARRO CELADA

Se ha dicho tantas veces que *El Señor de Bembibre* es la mejor novela histórica del romanticismo español, se ha elucubrado de tal modo acerca del protagonismo del paisaje en esa obra, que casi hemos llegado a creernos que Enrique Gil y Carrasco se acaba ahí mismo, en la descripción de “un lago sereno y cristalino, unido y terso a manera de bruñido espejo”¹ como el de Carucedo, que detrás de la difuminada melancolía enfermiza de doña Beatriz no había otra cosa. Estaríamos ante una visión arcaica y roussoniana, muy parcial, alejada de una valoración cabal de su obra.

Quiero detenerme en un aspecto de la biografía y de la personalidad de Enrique Gil y Carrasco que explica su seducción por el paisaje. Una perspectiva en cierto modo totalizadora, muy acorde con el espíritu de la época.

¹ En el artículo original, Carro Celada incluye 72 notas a pie de página con referencias a otros tantos textos y expresiones de Gil. Para no fatigar la lectura, excusamos las notas; los textos de Gil van entre comillas. Todos son fácilmente localizables en la BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO.



Gil y Carrasco, viajero lírico

Parece el suyo un destino itinerante, concibe su obra –en el contexto de su vida breve– como una impresión viajera, por ello se siente cautivado por los símbolos fugitivos del romanticismo: la gota de rocío que se columpia sobre el río le sugiere “de amarga despedida, el triste adiós”; la campana que toca a la oración le recuerda un pensamiento “infinito, que vaga por el espacio”; la niebla le difumina los recuerdos de infancia y le presta sus “húmedas alas” para que pueda bogar su fantasía por un misterioso mar.

La caída de las hojas en otoño y su brote en abril contrasta con el viaje, sin posible regreso, del poeta:

Y en las alas de los vientos del otoño
doradas hojas, id,
y del sol del abril en el retoño
segunda vez lucid,
que yo no volveré.

La belleza del cisne, que después engalanó la imaginería retórica del modernismo, en la poesía de Gil y Carrasco se acoge a la interpretación de lo efímero, como un corto viaje:

Entonces, adiós paseos
por las llanuras del mar,
adiós gala y contoneos;
pasaron los devaneos,
llegó la hora de cantar.

Los ríos manriqueños se concretan en el “encanto peregrino” del Sil, donde se esponja andariega la niñez, aquellos recuerdos

¿en dónde, río, pararon?
¿Quizá los abandonaron
en el mar de la amargura?

El ansia de libertad que se proclama en el poema *El cautivo* le da pie al poeta para exaltar lugares exóticos tras el entramado de las rejas:

Quiero volar por el desierto,
y correr por las orillas de la mar,
y tras la nave que abandona el puerto
la fantasía juvenil lanzar.

Y viajar “sobre las aguas del soberbio Nilo”. La “nube peregrina” es como un ala de querube que viene “vagarosa y divina desde las riberas del Ganges”. La mariposa representa en la lírica del poeta el veleidoso y frágil norte de los ensueños de su infancia:

Cegáronme tus encantos
y entonces en pos de ti
vagué por valles y montes...
Y tú siempre vagarosa
el aire hendías sutil,
con tu gala envanecida,
sin escuchar ni sentir
las inocentes plegarias
de mi niñez infeliz.

No cabe duda que Enrique Gil y Carrasco es un experto en caminos y brevedades, como todos sus contemporáneos de dolencia lírica, como Larra o Espronceda, con quienes comparte una vida breve pero a la vez enriquecida de experiencia itinerante.

De Villafranca a Berlín

De raza –de tradición familiar y de época–, le viene a Gil y Carrasco su voluntad viajera. Hijo de padres castellanos, inmigrantes en El Bierzo, nace en Villafranca en 1815. Sus primeros correteos a la puerta de casa tuvieron como escenario la ruta viajera del Camino Francés. A los ocho años ya lo tenemos en Ponferrada. Después Vega de Espinareda. Su estancia en el seminario de Astorga hasta los dieciséis años es para él no sólo un primer contacto en profundidad con las Humanidades, sino también, y sobre todo tratándose de un gran contemplador, un balcón abierto anchurosamente a las planicies de Castilla. Pasa breves estancias en Ponferrada, se matricula en la Universidad de Valladolid, hace escapadas a Simancas y Madrid y realiza excursiones a Babia, Asturias, Pas, Gijón y La Coruña. Reside en Madrid de una manera habitual durante los años 1836 a 1844, salvo una temporada de reposo, que en realidad no guardó porque se recorrió a pie El Bierzo y visitó el resto de la provincia de León. Por último, se traslada en misión diplomática a Berlín. Viaja parsimoniosamente durante seis meses: Madrid, Valencia,

Barcelona, Marsella, Lyon, París, Rouen, Lille, Bruselas, Gante, Brujas, Ostende, Amberes, Rotterdam, La Haya, Ámsterdam, valle del Rin, Francfort, Hannover, Magdeburgo, Potsdam y Berlín.

Una vez en Berlín únicamente sabemos que por razones de enfermedad se traslada durante el verano de 1845 a los baños de Reinerz, en Silesia, pero ya no le dio tiempo a viajar a Niza para disfrutar de la apacibilidad de su clima y remediar a un tiempo sus males. Murió lejos de su tierra, en realidad estaba de viaje. Tres años antes, en *Bosquejo de un viaje a una provincia del interior*, había presentado este momento: “Tal vez el torbellino de la suerte nos arrojará a una playa extranjera dentro de poco; tal vez la mano se helará cuando quiera coger de nuevo la pluma”. Gil y Carrasco, que tomó buena nota de su viaje europeo, guarda un misterioso silencio al llegar a Berlín.

Queda claro que el escritor berciano se apresuró en sus pocos años de vida a zapatear mundo. Pero también viajó, a través de documentos y libros, a épocas históricas lejanas: la crisis del Temple, la guerra de Granada, los viajes de Colón. Con frecuencia aunó estos dos tipos de viaje, el geográfico y el histórico. Se sirvió de uno para explayarse en el otro. Narraba la historia lejanísima de don Álvaro y doña Beatriz, aprendida en los libros, pero situándola en el paisaje actualísimo del Bierzo captado en directo. Contaba sus andanzas por los castros, castillos y monasterios de esta tierra y las aprovechaba para ensartar con detalle diseños históricos y opiniones eruditas sobre el tema.

Fue, pues, un incansable excursionista, un caminante lírico y, como consecuencia, un escritor viajero. Si las apoyaturas tópicas de la poesía romántica, como ya dije, tienen en sus versos elementos itinerantes, de fugitividad –la niebla, el río, la mariposa, el amor– es todavía más cierto que Gil y Carrasco entiende la vida dentro de la más clásica interpretación cristiana, como una peregrinación. Pero veamos qué piensa y escribe nuestro escritor de los viajes, de sus viajes.

Artículos y apuntes viajeros

Si exceptuamos la obra poética y los relatos *El Lago de Carucedo*, *El Señor de Bembibre* y *Anochece en San Antonio de la Florida*, el grueso de

los escritos de Gil y Carrasco son artículos de viaje, juicios sobre literatura viajera y notas que llevaban camino de convertirse en columna de periódico.

Cinco apartados se podrían distinguir en toda esa obra tan desconocida. El primero está constituido por una interesante aproximación al paisaje, historia y costumbres leoneses, publicada en *El Sol* en 1843 con el título de *Bosquejo de un viaje a una provincia del interior*. Al segundo grupo pertenecen unos cuantos artículos de costumbres aparecidos en la segunda serie de *Semanario Pintoresco Español*, en 1839 y en *Los españoles pintados por sí mismos* colección editada por Boix en Madrid entre 1843 y 1844. El cuarto bloque se refiere a descripciones de monumentos (catedral de León, San Isidoro, San Marcos, palacio de los Guzmanes, Simancas, El Escorial). El quinto apartado lo integran dos artículos sobre su viaje europeo, aparecidos en *El Laberinto*, el 16 de agosto y el 16 de septiembre de 1844, que se titulaban, respectivamente, *Viaje a Francia y Rouen*. Y todavía un apéndice de estos, *Diario de viaje*, según los críticos no destinado a la publicación, sobre su recorrido por Francia, Países Bajos y Alemania.

Escribió también Gil y Carrasco dos amplias reseñas de libros de viaje: *La colección de los viajes y descubrimientos que hicieron por mar los españoles desde fines del siglo XV, con varios documentos inéditos pertenecientes a la historia de la marina castellana, y de los descubrimientos españoles en Indias* de Martín Fernández de Navarrete y *Bosquejos de España* del capitán S. E. Cook, de la marina inglesa. A propósito de este segundo artículo nuestro escritor expone sus criterios acerca de la literatura viajera y subraya lo instructivas que resultan las comparaciones entre “nuestras impresiones y las de otras personas cuyo criterio no ha sufrido las mismas modificaciones”. “Semejantes análisis y observaciones –añade– suelen ser camino derecho de la verdad y fianza segura del progreso”.

Gil y Carrasco distingue, entre tanta literatura viajera de la época, las valoraciones serias y contrastadas de las valoraciones apresuradas y superficiales. “El que visita un país con un sistema de antemano formado, en posta o por las huellas de otros viajeros no menos presurosos y superficiales” sólo contribuirá a reavivar antipatías entre las

naciones. El viajero, por el contrario, deberá juzgar las cosas en su valor intrínseco, “desnudas de las convenciones sociales”, llevará “por gula en sus indagaciones la imparcialidad del filósofo y la benevolencia que por lo común suele servir de fondo a la verdadera ilustración”. Critica la “sarta de disparates y sandeces” que sobre España escribió, por ejemplo, Theophile Gautier en la prensa francesa, y se queja de que “no ha llegado a nuestras manos obra alguna francesa, sobre todo en los últimos tiempos, en que no se rinda un homenaje de ruin lisonja a las preocupaciones que aquel pueblo ilustrado y culto, por una extraña contradicción, abriga contra nosotros”. En cambio elogia encendidamente “las observaciones de los demás viajeros europeos que más de una vez nos hacen justicia”, aunque “rara vez llegan a indemnizarnos de las imputaciones y desvaríos de los franceses”. Señala tres títulos a su juicio valiosos: *Bosquejos de España*, de Cook; *La Biblia en España* de George Borrow y *Las escenas de la vida en México* de la señora Calderón de la Barca².

Estos serían los presupuestos de Gil y Carrasco a la hora de escribir las impresiones de un viaje. Empecemos por orden, por ese orden lógico, biográfico con que torna contacto con la geografía más próxima.

Técnica oteadora

Conocía El Bierzo imprecisamente. Había correteado por entre las ruinas del castillo de los templarios de Ponferrada, había visto escarpados barrancos en Cornatel y vegas placenteras en Vilela. Pero todo ello no eran sino impresiones aisladas. Gil y Carrasco, que se queja de que los viajeros extranjeros sólo vienen con el objeto de visitar de pasada las costas y regiones del Mediodía y se olvidan de las provincias del interior, se compromete a un escrito viajero sobre las tierras leonesas.

La razón fundamental –escasos medios de transporte– por la que León se ve marginada en las rutas viajeras, no le va a influir en absoluto

² Madame Calderón de la Barca, de origen escocés, tomó el nombre de su marido, primer ministro de España en México. *Las escenas de la vida en México* se publicó en 1842: que Gil lo hubiera leído y lo mencione en un artículo de 1844, acredita un lector en vanguardia, muy atento a los libros y tendencias que llegaban del extranjero.

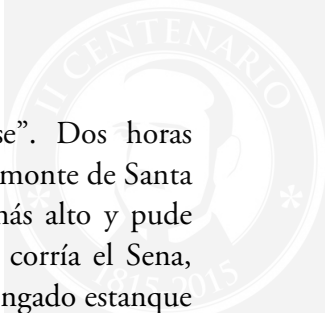
a Enrique Gil. En el verano de 1842 arrostra incomodidades y estrecheces y realiza un largo viaje, bien programado, del que no sólo consigna estampas paisajísticas, sino también costumbres, remembranzas históricas y descripciones de monumentos. Aunque la visita comienza cronológicamente en León capital, dedica al Bierzo los cinco primeros capítulos de los ocho de que consta su Bosquejo.

En el Bierzo “hay sustancioso y delicado alimento para la imaginación”. Desdeña llamarle “pequeña Suiza”³ y otras lindezas por el estilo, pues tiene la región personalidad suficiente y belleza bastante como para emanciparla de comparaciones. A pie, con dos amigos, sube al Castro de la Ventosa y desde allí describe el panorama que se derrama en torno, las colinas, poblados y cultivos. Es este comienzo como una síntesis previa, un golpe de mirada giratorio, de buen cubero topográfico: “A nuestros pies teníamos la villa de Cacabelos, el Cúa, que corría por entre sotos y arboledas fresquísimas, y la grande y blanca mole del monasterio de Carracedo. Un poco más adelante Ponferrada cubierta en gran parte con su magnífico castillo (...) A la derecha se desplegaban la cordillera altísima de la Aquiana, el Sil, centelleante como una serpiente de escamas de oro a los últimos resplandores del sol, se deslizaba besando su falda (...) Rimor enclavado en un angosto valle, Priaranza vistosamente asentado en la cuesta, el castillo de Cornatel semejante a un nido de águilas colgado sobre un horroroso precipicio (...) A nuestra espalda, aunque más reducido, no era menos agradable el paisaje”.

Si he citado este fragmento es sencillamente porque similar esquema de visión contemplativa y oteadora a la vez –desde un altozano– lo repite Gil y Carrasco múltiples veces; y no es una simple costumbre viajera personal sino una técnica descriptiva globalizadora que le permite conocer el entorno geográfico o urbano de un golpe y situarse.

Aplica esta fórmula desde distintas cumbres bercianas –Aquiana, Cornatel, Las Médulas, Corullón– pero también en sus artículos y apuntes europeos. “Ofrece Lyon desde las alturas de Fourvieres uno de

³ Justo lo contrario de lo que hace Castaño Posse en 1912, cuando considera al Bierzo “una verdadera Suiza en miniatura”. [*Obras*, edición IEB, 2006, p. 493].



los panoramas más hermosos que pueden imaginarse”. Dos horas permaneció Gil y Carrasco apacientando la vista desde el monte de Santa Catalina en las proximidades de Rouen: “Trepé a lo más alto y pude satisfacer la curiosidad que me agujoneaba: a mis pies corría el Sena, pero con un movimiento tan suave, que parecía un prolongado estanque (...) A mi izquierda tenía la ciudad envuelta en vapores ligeros y transparentes sobre los cuales descollaban las torres de sus numerosas iglesias”. “La torre de la catedral –se refiere a la de Amberes– ofrece un horizonte verdaderamente marino por su extensión e igualdad, con la diferencia que este océano es de verdura y arbolado”.

El gusto del escritor por ganar alturas y torres para viajar con la mirada y descubrir el mapa lírico de los contornos es uno de sus esquemas interpretativos del paisaje. Lo mismo sube al campanario donde anida el carillón del ayuntamiento de Ámsterdam que se acoda sobre el puente de Corneille en Rouen para describir la soledad de las márgenes del Sena, que escala las ruinas de los castillos del Rin, o sube los 600 escalones de la torre de la catedral de Utrecht desde donde se contempla el más extenso panorama de Holanda.

Pero la técnica descriptiva y la costumbre viajera de Gil y Carrasco no se agotan en esas vistas de pájaro. Después revolotea por las calles, contempla los edificios artísticos, visita los museos, observa con curiosidad las costumbres y siempre lleva consigo una guía viajera o un vademecum de datos históricos. Cuando recorre El Bierzo le acompaña la *España Sagrada* de Flórez y la *Historia Natural* de Plinio. Para la visita a León capital se orienta con la *Historia de León* del padre Risco y la carta de Ponz, a quien, por otra parte, critica porque ha visto León “con tanta prisa y precipitación que el título que mejor convenía a su carta era *León al vuelo*”. Su cruceo por el valle del Rin lo ilustran la guía de Murray y la *Peregrinación de Childe Harold* de lord Byron.

Gil y Carrasco, observador romántico

Es un viajero romántico y, claro, todos los tópicos del momento asoman a sus escritos de viaje. El gusto por las ruinas –sombra de antiguo esplendor pero ya despojos que alimentan la ensoñación y generan nuevas percepciones estéticas– lo encontramos a menudo en sus

artículos y apuntes pero también en sus novelas y poemas. Las ruinas de los castillos bercianos y la hiedra retórica que los invade, los alucinantes escombros de las Médulas y sus túneles desmoronados.

A veces ciudades tan industriales y comerciales como Rotterdam quedan transformadas en un estereotipo romántico: “Las arboledas alineadas de los muelles, vistas de lejos, recordaban aquellas columnatas que quedaban aún en pie en las antiguas ciudades desiertas en medio de sus ruinas”.

Se convierte El Bierzo en una región romántica, llena de atractivos, reclamo viajero para propios y extraños, que es la tesis más clara de su *Bosquejo de un viaje a una provincia del interior*. Siguiendo esta ruta de contemplaciones románticas no falta en la literatura viajera de Gil y Carrasco la visión nocturna del mar. Se acerca a Ostende con el único deseo de conocer la bravura del mar del Norte, sin embargo –escribe– “ya de noche he estado en la playa, la calma de la atmósfera corría pareja con su humedad y pesadez y las olas apenas movían el más leve rumor”. En Coblenza goza “las vagas tintas y nebulosidades del crepúsculo” y visita el cementerio de Francfort, “una de las más bellas cosas” que ofrece esta ciudad.

Enrique Gil no planeó nunca sus viajes como puras excursiones. Su afición a la historia y al arte le arrastra irresistiblemente a los museos, a visitar monumentos arquitectónicos y a establecer comparaciones estéticas entre diversas obras artísticas. La cita se haría interminable si enumerara aquí los juicios histórico-estéticos que emitió, los cuadros que evaluó, más como asiduo contemplador con sensibilidad que como verdadero experto. En ocasiones la apreciación de una obra le arranca elogios apasionados. La ciudad de Malinas “tiene una obra de Van Dyck que por sí sola merece un viaje no de camino de hierro, sino a pie”.

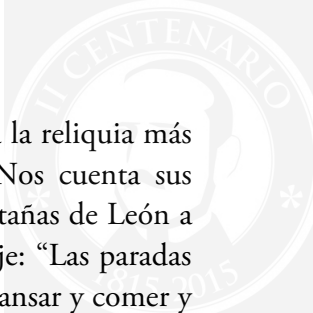
Le gustaba, porque era gusto de época y porque tenía un buen gusto, el estilo románico que él llama “lombardo”; abominaba las mezclas de estilo que encontró en la catedral de Astorga y en la iglesia del monasterio de Carracedo. Tanto le interesaron los edificios nobles y coherentes, que realizó viajes ex profeso para verlos y les dedicó artículos enteros.

Tipos itinerantes

A Gil y Carrasco, acostumbrado a suaves colinas y a montes escarpados, le arañan la sensibilidad las llanuras de Castilla. Prefiere para salir del Bierzo el camino de Foncebadón porque “presenta accidentes más pintorescos y variados” que el de Manzanal. Desde la Cruz de Ferro disfruta de un “horizonte muy extenso”, ve cómo “se dilatan las espaciosas llanuras de Castilla, donde, como en el mar, el cielo parece juntarse con la tierra”, llanuras que él cruzó varias veces con arrieros maragatos. La experiencia de estos viajes le motivó dos artículos: *Los maragatos*, en el que cuenta con detalle el desarrollo de una boda maragata y *El maragato*, no recogido en las *Obras Completas* de la Biblioteca de Autores Españoles⁴. “El maragato –escribe– representa el movimiento y comunicación del rincón más occidental de la monarquía con la capital”. Va y viene de Madrid a La Coruña como “la péndola del reloj” y “por nada del mundo sale de su paso, así se desate el cielo en lluvias, nieves y vendavales del invierno, como desuelle el rabioso calor de julio y agosto la cara y manos de los transeúntes”.

Al aire de uno de estos viajes nos describe en dos pinceladas su apreciación del paisaje castellano: el maragato “atraviesa a paso de tortuga las extensas, tristísimas y peladas llanuras de Castilla, desposeídas igualmente de la grandeza del desierto y de las gracias de un país habitado y ameno, y por añadidura arrecidos en invierno y abrasados en verano”. Esa pachorra del maragato debió provocar en alguna ocasión, camino de Valladolid, un motín de estudiantes: “Conducen a Valladolid o Santiago los estudiantes del Bierzo y comarcas vecinas, raza maleante como lo ha sido siempre, y que al menor descuido del maragato sacan a los mulos de su reposado movimiento, y van a prevenir posada a su dueño en la universidad con un día de anticipación”. Resulta significativa, en este contexto viajero, la predilección de Enrique Gil por los tipos itinerantes, no sólo por los maragatos, sino también por los pastores trashumantes y los segadores gallegos.

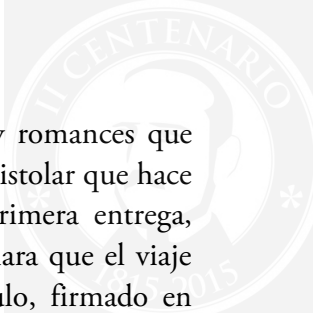
⁴ Pueden verse en *Viajes y costumbres*, BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, VOL. VI, 2014.



Al pastor trashumante, natural de Babia, lo considera la reliquia más venerable que queda en España de la vida nómada. Nos cuenta sus costumbres y su itinerario de ida y vuelta desde las montañas de León a Extremadura. Estos pueden ser dos buenos hitos del viaje: “Las paradas que por el camino se hacen sirven a un tiempo para descansar y comer y es de ver la prontitud con que aderezan sus rústicos platos que de viaje suelen consistir en sopas par la mañana y migas canas por la noche”. “Por fin, después de cuarenta y cinco días gastados en esquilar y caminar, cruza la cabaña los frescos contornos de León y a muy poco, henos al pastor enfrente del campanario de su lugar”.

La estampa del segador gallego es una de las más habilidosas, tal vez porque Gil y Carrasco observó a estos trabajadores temporeros muy de cerca y habló con ellos en el mercado de Ponferrada, donde al regreso, con la bolsa llena, mercaban pañuelos de algodón y sombreros portugueses. Comienza contando los antecedentes del viaje “con el mes de mayo empieza el movimiento y los preparativos del viaje, si preparativos pueden llamarse lo que cabe en un saco y viene a costas de su dueño para volver del mismo modo”. Momento importante en el artículo –también para el articulista– es cuando el segador corona la cumbre del monte Irago y divisa los territorios de su ingrata labor. Desde allí “se distinguen las peladas y espaciosas llanuras de Castilla por delante y los frescos valles y frondosas laderas del Bierzo que queda a la espalda”. Observa después al segador combado bajo el implacable sol de Castilla “abatiendo mieses” y le sigue cuando esconde por bolsillos, forros de sombrero, humillas de botones y zapatos los maravedís ganados, para defenderlos de los ladrones, porque el segador gallego –apunta con ironía– es “muy aficionado también por su parte a la numismática”. Después asiste al regreso de la cuadrilla que salva los puertos y llega “a las orillas del Sil y del Burbia, vecinas ya de su patria”. A partir de aquí “templa el paso el segador y hace con descanso el resto de su viaje, si ha comprado sombrero, con el nuevo por encima del viejo, y con el resto de su mercado a la espalda dentro de su saco blanco”.

Los viajes de Gil y Carrasco a las montañas de León, Asturias y valle de Pas, publicados en el *Semanario Pintoresco Español*, además del



interés que despiertan por la variedad de costumbres y romances que recoge, están relatados con el apoyo de una estructura epistolar que hace beneficiario al lector de la segunda persona. En la primera entrega, fechada en Palacios del Sil el 8 de agosto de 1837, declara que el viaje “es más poético que científico”. Por el segundo artículo, firmado en Cangas de Onís el 8 de noviembre de 1838, sabemos que está “contento y satisfecho” del viaje, “así por lo bello del país, como por las muchas curiosidades que ha encontrado”. La tercera colaboración, sobre los pasiegos, la escribe en La Vega el 11 de julio probablemente de 1839, pues no consta con claridad y en ella confiesa que está “entretenido y satisfecho” de su correría. Nunca olvida en estos artículos de costumbres aventurar los rasgos de carácter de las gentes y describir con rigor léxico los trajes típicos que visten. Ni renuncia a observaciones jocosas, como ésta: “El vino vale caro, muy caro en este país y a los buenos de los pasiegos se les sube a la cabeza con facilidad y les da un impulso guerrero que pasma”.

Carruajes y trenes europeos

Enorme interés tienen las impresiones de Gil y Carrasco sobre su viaje europeo sobre todo por el encuentro romántico con países, paisajes, costumbres extrañas, pero también porque allí conoció las ventajas del invento del ferrocarril.

En dos artículos, *Viaje a Francia y Rouen*, describe muy someramente la etapa Marsella-París y una excursión a la ciudad natal de Corneille, respectivamente. Aunque para completar su itinerario hay que tener en cuenta el *Diario de viaje*⁵, colección de apuntes poco elaborados, pero sin duda destinados a convertirse más tarde en un serial de artículos.

El tren, inexistente en España por aquel entonces, será para Enrique Gil un juguete atractivo al que incluso le descubre virtualidades poéticas y de ensoñación para la contemplación del paisaje.

El primer tramo de camino por tierras francesas lo recorre embaulado en una diligencia: “Día y noche son iguales para esta gente

⁵ BIBLIOTECA GIL Y CARRASCO, VOL. VIII.

infatigable; no parece sino que a sus ojos todos venimos de casta de postillones y que debemos dormir al ruido diabólico de sus carruajes del mismo modo que los marinos al compás del balance de su barco (...) Yo, pecador, que no tengo por costumbre semejante locomoción, ni por otra parte traía en el pensamiento ningún proyecto comercial que me hiciese dar gran precio a las horas, sé decir de mí que ni el cuerpo ni el alma se daban por contentos de semejante ejercicio”.

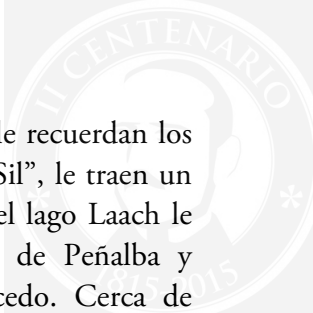
Una vez en París, viaja a Rouen con “el deseo de recorrer la línea más larga de camino de hierro” que existía en Francia. Describe la sucesión de imágenes paisajísticas que le ofrece la ruta: las orillas del Sena, las quintas y palacios de recreo, los puentes “desde los cuales se domina muy bien aquella hermosa tabla de agua”, los islotes, los cinco túneles “en los cuales se pasa repentinamente de la claridad del sol a las tinieblas de la noche y viceversa”, los ganados de Normandía. En una palabra:

Los caminos de hierro apenas dejan disfrutar las diversas perspectivas que presentan; pero la misma vaguedad de las impresiones y, sobre todo, el movimiento de que parecen animar a la Naturaleza adormecida, excitan poderosamente la imaginación, como si el hombre gozara en su orgullo de variar las leyes.

Recorre en carruaje parte de las llanuras belgas y entabla conversación con la gente, que le parece lisa y amable y menos arrogante que la francesa; se sienta en el pescante con el conductor de la diligencia en el último tramo del viaje de Utrecht a Aruheim para “disfrutar a gusto del paisaje”; navega por todo el valle del Rin y siempre que puede, en trayectos cortos, se traslada en tren; se deja acompañar durante tres días por unos ingleses que conoció camino de Bonn y con ellos visita varios castillos de la ribera renana.

El Bierzo, la medida de los paisajes

Cuando, Europa adelante, Enrique Gil y Carrasco se tropieza con un extraño paisaje de gran belleza parece como si se le agudizaran los recuerdos y la capacidad de relación comparativa. Su Bierzo natal se halla presente como huella añorante en la mayoría de los lugares que conoce.



Al atravesar el valle del Ródano las hoces y cañadas le recuerdan los desfiladeros por donde corren “las aguas cristalinas del Sil”, le traen un eco de su patria ausente y querida. Las proximidades del lago Laach le evocan “varios parajes del Bierzo”, especialmente los de Peñalba y Montes y la visión del lago le transportaba a Carucedo. Cerca de Gottinga encuentra valles que “se parecen a los del Bierzo, no en las orillas del Sil o del Cúa, sino en la parte más seca hacia Fresnedo”.

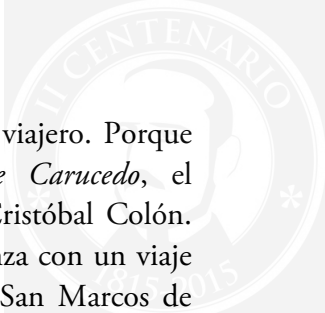
A veces las comparaciones las abre a otras zonas leonesas o del resto de la península. Los campos de Lille “son más llanos aún que los de Castilla, pero los árboles dan a su superficie una especie de ondulación que templaba su monotonía”. Desde la torre del ayuntamiento de Bruselas se ven llanuras de árboles y praderas, pero “semejante panorama nada tiene de común con el que ofrecen las torres de la catedral de León, y mucho menos con el que se desarrolla a los ojos asombrados del viajero desde el Miquelete de Valencia”.

Incluso observaciones anotadas con cierto bucolismo en su viaje berciano se repiten en términos de progreso en el viaje europeo: el eco del ladrido de un perro en su ascensión a la Aquiana y el eco de los escopetazos de un barco de vapor que navega por el Rin.

Hay muchos datos de viajero curioso en la obra de Enrique Gil, intereses y novedades muy del siglo XIX: los balnearios de Aquisgrán y de Wiesbaden; el teatro de la ópera y el casino de Wiesbaden, donde “había una vieja, persona principal sin duda por su traza, que no jugaba sino oro y a quien la fortuna parecía dar en buena suerte lo que los años le habían quitado de gracia”; los conciertos de música en las iglesias, donde no era posible oír armonía sin pagar algunos duros por hora; las músicas callejeras de Francfort.

Por encima de estas originalidades de época que hicieron después las delicias de Proust, sobresale siempre el Gil y Carrasco sensitivo y sentidor, el viajero poeta que navega por el Rin y nos entrega como observador maestro al avistar Colonia una estampa en la que el paisaje urbano consigue moverse:

A medida que el vapor pasa esta iglesia se va escorzando de una manera peregrina, y sus torres, que dos o tres veces se juntan y otras tantas se separan, mezclando y dividiendo sus molduras.



Se mire por donde se mire, Enrique Gil y Carrasco viajero. Porque incluso en su breve relato legendario *El Lago de Carucedo*, el protagonista viaja sorprendentemente a América con Cristóbal Colón. No se olvide tampoco que *El Señor de Bembibre* comienza con un viaje –el regreso de Nuño, Mendo y Millán de la feria de San Marcos de Cacabelos– y termina con un viaje de romería a la Virgen de la Aquiana. Y aunque Gil y Carrasco no ha regresado jamás de su viaje europeo, sí viajó a tiempo a Berlín su novela, recién salida de la imprenta, para compensarle de la lejanía de su tierra natal.

Tierras de León, núm. 50, 1983.